

cas, ni reflexiones. Sacó de su cinturón feudal un pito; sonó con fuerza en él; y á este horrible y estridente sonido, diez de los compañeros del conde, se apoderaron del pobre Santiaguillo, echándolo con fuerza por tierra, y otros diez se llevaron de súbito á Catalina, donde estaba, en el alto de caza, el castillo de sus placeres improvisados y de sus amores violentos.

CAPÍTULO XII.

EL CRIMEN.

Mientras el conde anduviera en esas correrías, arrancando aleve de su nido la pobre avecilla, que se apercibía, pura é inocente, al sacro amor de la familia, la condesa en su gabinete aguardaba sin acostarse la vuelta de su marido. Una lámpara preciosa de continuo ardía frente á la Virgen, pintada sobre tabla, verdadera imagen del misticismo idealista, que prevalecía en la Edad Media, y que generaba esas figuras de dibujo incorrecto y proporciones desmedidas, cuyo rasgo característico se descubría en el angélico semblante, bien propio para serenar y adormecer las tempestades más bravías del pensamiento y los dolores más agudos del corazón. Cerca del cuadro de la Virgen, como puesta bajo su espiritual amparo, veíase una

camita, en que descansaba dormido tierno infante, de unos siete años, sobre cuyas mejillas rosadas imprimía de vez en cuando algún beso, y con cuyos cabellos de oro jugaba de vez en cuando también la buena y amante condesa, verdadera madre.

Sabedora, por una larga experiencia, de que su marido tardaba la mayor parte de las noches, privábase la infeliz de toda compañera, ora por no molestar á nadie, ora por no decir á más personas de las necesarias cómo se alejaba, y por cuánto tiempo, de su lecho y de su hogar, aquel ingrato, con cuyas ausencias no estaba contenta, pero sí conforme ó resignada, cual una pobre sierva. Pasar noches más largas que aquella noche cortísima de primavera en la soledad de su apartamento, exigía un penoso trabajo. Así leía y releía, bien la imitación de Jesucristo, bien cualquier otro libro piadoso, hasta que la tomaba el sueño y la impelía por necesidad á librar el desvelo en otro ejercicio más activo. A la lectura solía seguir la música. El arpa estaba en el rincón, y pedían sus cuerdas de oro que las pulsasen aquellos dedos de rosa. Pulsábanlas, en efecto, acudiendo con solicitud á este misterioso reclamo de un objeto sin alma;

y sacaban de las cuerdas acentos bien melancólicos y suaves, como apropiados á la canción, que una tristeza dulce, y ya congénita con su existencia, inspiraba de suyo á la pobre alma dolorida, como inspiran Mayo y Abril gorjeos á los canoros pájaros en la celeste inmensidad. Concluidas estas canciones, tomaba con verdadero afán cualquier labor propia de su sexo, como el bordado y el cosido, afanándose por adelantarlo y concluirlo cual pudiera una costurera ó bordadora de oficio afanarse por su misérrimo jornal. Después de la lectura, de la música, de la labor, así como en los espacios medianos entre todas estas ocupaciones, inclinábase sobre la personita de su hijillo; y lo miraba y remiraba con éxtasis, fuera de sí, con cuya increíble absorción del propio sér en otro tan amado y predilecto, distraía las muchas ideas melancólicas y los muchos afectos amargos sugeridos por las ausencias del conde, las cuales perturbaban sus noches y oscurecían sus días. Pero, en su bondad nativa, no se quejaba, no, la pobre mujer á nadie, ni aun al cielo, temerosa de delatar á la cólera celeste y á sus castigos, como si Dios no lo viese todo, el horrible proceder de tan empedernido tirano.

Aquella noche tardaba el conde más, pero mucho más que de costumbre, y sentía la condesa una impaciencia superior á su resignación. No venía por ningún lado, y la madrugada iba tristemente avanzando á los ojos de la condesa, oscurecidos por las lágrimas. Esa luz del alba, que argenta el cielo, y despierta con sus albores á tantos seres, como si trajera nuevo rocío de vida, entristece más á los tristes y luce á la vista de un alma dolorida como á la vista del preso la mustia lámpara entre las espesas sombras de su negro y húmedo calabozo. La pena, el dolor, la desesperación, se avienen más á las tinieblas que á los resplandores, como el cadáver se aviene, más que á los adornos y preseas, á las mortajas y á los sudarios. Así, la primera luz incierta que rayaba por los bordes del horizonte, y que saludaba el pespunteo de la garganta de cualquier alondra, madrugadora de suyo, entristecía más y más á la pobre condesa, en aquellos momentos atenaceada por las mordeduras de unos celos rabiosos, los cuales no permitían el más mínimo descanso, y la tornaban á los tiempos de menos conformidad y paciencia, cuando comenzaron las primeras correrías del ingrato y brotó

á las agudas puñaladas de tan tristes casos el primer recelo en su tierno corazón. Así, agotados todos los recursos de pasar el tiempo, desempeñadas todas las tareas propias de cada noche, besado el niño hasta la saciedad si pueden saciarse los labios de una madre, importunada la Virgen con ave-marias y salves múltiples, rotas las cuerdas del arpa áurea por los sacudimientos fortísimos de sus dedos nerviosos, traspasada con creces las líneas puestas como fronteras á la tarea nocturna de sus primorosos bordados, leído y releído el volumen iluminado, abría la ventana y pegaba el oído á las paredes para escudriñar si el aguardado volvía por algún punto extremo, y daba con sus pasos algún alivio á la interior agitación de aquel ánimo que rompía el cuerpo, estallando en explosiones de celos, tanto más intensas en lo interior, cuanto más reprimidas bajo el formidable ascendiente por el conde feudal ejercido sobre su tímida y silenciosa mujer, que le amaba con todos los amores, y sentía en sus lloradas faltas hasta un placer cuando llegaba la ocasión propicia y frecuentísima de perdonarlas.

Pero aquella noche se cumplía en la condesa el refran de «quien espera, desespera.»

Indeliberadamente, por adivinaciones intuitivas de su amor, alcanzaba que tan largo apartamiento del castillo y familia, suponía cualquier empleo del tiempo no muy lícito, y lloraba lágrimas amargas, sin acordarse tanto del abandono propio como del ajeno vicio, deplorado con el ardor de los celos, nunca encallecidos en la costumbre, y con el miedo invencible á una sentencia de la justicia celestial, que funestase la vida y el sér de quien tanto funestaba su sér y su vida. No quería saber, ni adivinar siquiera dónde se hallaba el esposo, por no sufrir más; pero se retorció de dolor, pensando cuántas desgracias podrían traer sobre él sus caprichos y sus placeres. Profetisa, como toda mujer amante, presintió, viéndolos en magnética visión los horrores de un desquite y las crueldades de una venganza, muy temibles por aquellos días, en que los castillos de piedras ciclópeas, cuyos fundamentos arraigaban casi en las entrañas de la tierra, inmóviles y erguidos á manera de montañas, se estremecían y bamboleaban á una en guisa de ligeras naves, zozobrantes bajo los estampidos y sobre los oleajes de la general revolución. Así, no sabiendo qué calmante tomar á sus penas y á sus previsio-

nes, volvióse hacia el cuadro de la Virgen Madre, y cayendo de hinojos, rezó una salve fervorosa en voz alta, cortada en sus frases por amargos estruendosísimos sollozos.

Y en verdad que tentaba el conde á Dios. Mientras su mujer lo aguardaba, él conducía en sus brazos, á caballo y sobre la delantera de su silla, la mujer de otro á su alto de caza, en requerimiento de protervos infames goces, que habían de condensar muchas lágrimas y habían de traer muchos horrores, á cambio de una fugaz y pasajera satisfacción del sentido, tan propenso siempre al cansancio y al hastío. Catalina, en el momento de verse arrancada por la brusca violencia de aquellos hombres en armas, al seno de su amado, perdió el sentido, y quedó inmóvil y rígida como un cadáver yerto. En vano el conde la estrechaba contra su pecho de bronce con extraordinaria fuerza; en vano le cubría los virginales labios, descoloridos y fríos, con adúlteros continuados besos; diríase que abrazaba y besaba la muerte; pues el desmayo de la joven se parecía en lo mudo y helado á una verdadera catalepsia, tan cercana de suyo á la eterna inmovilidad y al eterno sueño. Así es que metía las espuelas en los hijares de su caba-

llo con rabia para llegar pronto al silencioso apartado nido de sus goces, á ver si con auxilio de alguna esencia le devolvía el sentido, y al devolvérselo de lleno, le arrancaba el anhelado goce de su amor. Llegaron pronto al castillejo reservado, y apercibido á estas escenas, llegaron y pusieron á la joven sobre una especie de lecho de campaña, quedándose solo con ella el conde, quien le aplicaba un pomo de olorosas esencias á las narices, y le arrojaba chispas de aguas también aromáticas al rostro, para devolverle, poseido de verdadera impaciencia, el sentido, y con el sentido la vida, reservada por Dios á otro, y que deseaba él ajar con los ciegos atrevimientos de su asquerosísima sensualidad.

Al fin el cuidado, la robustez, la juventud, pudieron más que tan horroroso síncope, y Catalina despertó. Mas al verse vestida de novia, en el modesto lecho, no bien esclarecido por la muerta luz; con poca memoria y poca conciencia de cuanto le había sucedido y mucho deseo de ver al esposo, creyóse la infeliz en su cuarto, junto al joven quien amaba tan legítima como santamente, y exclamó.

—Santiago, Santiago.

—No estás al lado de Santiago, estás á mi lado,—dijo el conde.

—¡Horror, horror mil veces!—exclamó Catalina; y saltando del lecho, corrió á la puerta para forcejearla y salirse. Mas, al verla cerrada, como á piedra y lodo, acurrucóse allá en un rinconcito, para defenderse de los halagos y de las caricias del conde, y salvar instintivamente la integridad de su honor.

—Vamos, Catalina, ten algún seso, y oye á tu señor y soberano.

—Santiaguillo, Dios mío, Santiaguillo, no lo veo.

—Déjate de alucinaciones.

—¿Dónde, dónde está Santiago, mi amor?

—¿Qué amor, ni qué niño muerto?

—¿Mi dueño?

—No tienes otro dueño más que yo.

—Vos sois mi soberano; él es mi marido.

—Pero no podría ser tu marido sin las leyes que yo promulgo y sin los tributos que me son debidos.

—Dejadme de todas esas cosas que no entiendo, y creed á un corazón verdaderamente infalible. Yo pertenezco á mi marido, y mi marido me pertenece á mí: nadie puede interponerse, unidos ya por Dios, entre nosotros, sin cometer un crimen.

—Da, Catalina, de mano á todas esas necedades. Los labriegos, encallecidos por sus faenas y trabajos, no saben amar como sabemos nosotros los señores. Una noche á mi lado, vale más que una vida perdurable al lado de Santiaguillo.

—Pero no puedo amaros á vos, y le amo á él con todo mi corazón. Está pendiente de su alma mi alma, y confundido mi sér con su sér...

—¡Quiá!

—Os lo juro.

—Te hallas requerida de amores por el primer caballero de esta comarca y aún le contestas con melindres.

—¡Melindres los deberes! ¡Melindre la familia! ¡Melindres las caricias de un esposo! ¡Melindre la castidad de una mujer! ¡Melindres las repugnancias invencibles al adulterio! ¿Qué creeréis entonces grave y serio, y santo bajo la capa del cielo y en la lengua del hombre?

—Qué diferencia entre una cabañeja como tu casa y un palacio como este palacio. Todo convida en este sitio al amor.

—Pues á mi todo esto me hiela. No respiro aquí bien. Parece que me comunican su frío esos bronces y esos mármoles.

Paréceme que me miran y me reconviene las figuras de esos tapices. Nosotras, como las alondras del terruño, necesitamos para emparejarnos, y querer y ser queridas, nuestro nido de barro.

—Si tanto esa bucólica poesía te place, iremos á gozar de nuestro amor y sentir nuestros deleites á cualquier cabaña, donde quieras, á la tuya propia.

—Pero allí necesito encontrar á la pobreavecilla mi natural pareja y no al águila que me da miedo y frío á un mismo tiempo.

—Tú necesitarás cuanto quieras; mas no debes olvidar que aquí y ahora careces de voluntad.

—¿Cómo es eso?

—Como te lo digo.

—Pues, para carecer de voluntad, debía no amar ni querer, porque con la voluntad se ama y se quiere.

—Justo.

—Tengo voluntad, puesto que amo á mi esposo, y quiero irme con él.

Y Catalina se dirigió á la puerta con arrogancia y volvió á forcejear la cerradura con esfuerzo.

—No puedes salir.

—Pues no quiero quedarme.

—Ya te he dicho que no puedes tener voluntad.

—Ya os he dicho que la tengo.

—Pues no debes tenerla.

—Mis deberes me ligan todos á una con mi esposo, y por mi esposo pregunto, y á mi esposo voy.

—Pues no puedes ir sin pasar antes por mis brazos.

—No, mil veces no. Mejor pasaría por los profundos infiernos. Bien lo sabe Dios.

—Pues morirás.

—Prefiero la muerte, señor, á vuestras inmundas caricias.

—Ven á mis brazos, tonta,—y el conde se dirigió á Catalina con los brazos abiertos.

—¡Oh! no, no, mil veces no,—gritó la muchacha y huyó y se esquivó al adúltero abrazo.

—Pero ¡cuántas veces he de asegurarte que toda esta noche me perteneces por virtud y autoridad de la ley!

—Imposible creer, no ya en el valor, ni siquiera en la existencia de leyes tan bárbaras. El mundo sería de esa suerte peor que las selvas donde se emparejan como quieren las palomas y los ruisiñores y las tórtolas.

—Pues así es el mundo, y tus honradas

abuelas, de las cuales llevas sangre y nombre, no comprenderían tu insensata rebelión.

—Pues yo no comprendo su paciencia.

—Catalina, por Dios, no razones ante aquel á quien estás obligada por todas las leyes divinas y humanas á obedecer.

—Señor y soberano mío, no mandéis á vuestra sierva fiel, aquello que no pueden cumplir ni su voluntad ni su conciencia.

—Mira, porque cumplas de grado lo mismo que me debes por fuerza, te ofrezco...

.....
—No me ofrezcáis nada.

—Las joyas...

—No hay joya comparable á la virtud y al honor.

—Bah, bah.

—¿Lo véis? señor.

—¿Qué?

—¿Lo véis como no estáis en plena posesión de los derechos que decís y de los deberes que imponéis?

—¿Por qué dices eso?

—Porque si el sentimiento de tal posesión fuese pleno y completo, como es la posesión por ejemplo de la corvea que debemos prestaros, de ninguna suerte ofreceríais cosa

alguna por el cumplimiento y prestación de todo aquello que os fuera debido con imprescindible necesidad y por forzosa obligación.

—Discurre la pobre labriega, discurre, ¡vive Dios! á maravilla, pero ignora que con todos esos discursos me fuerza bien mal de mi grado á coger con mi absoluto imperio la flor que yo esperaba y quería de su espontánea voluntad.

—Señor,—dijo Catalina con expresión dulcísima cayendo de hinojos á los piés del conde.

—¡Catalina!—dijo el conde á su vez muy esperanzado por aquella humilde actitud y por la dulzura de los ojos de Catalina, que tomaban un aire suplicante, fácil de confundir, en la perturbación de aquellos sentidos, con un aire amoroso.

—Soy vuestra sierva.

—Lo reconoces.

—Os debemos el aire que respiramos.

—Ya lo creo.

—Os debemos la prestación de tributos y el servicio de muchos días de trabajo.

—Ya se ve.

—No podemos regatearos ninguno de vuestros derechos, ni dejar de cumplir ninguno de nuestros deberes.

—¿Ves cómo, al fin y al cabo, te das á partido y reconoces tu flaqueza enfrente de mi omnipotencia? Ven, ven, pues, amor mío, á mis brazos, ven pronto.

—Y entre nuestros deberes, prosiguió Catalina, como si no oyera lo que decía el conde, no está la entrega de nuestra virtud, porque si os entregáramos nuestra virtud, dejaríamos de ser vuestras siervas, para pasar á siervas del demonio, y vos no habíais de pedirnos cuenta de nuestras almas, que quien había de pedirnosla, sería otro dueño más poderoso, y otro soberano más alto, y otro señor más justiciero, Dios, y no tendría que contestar á Dios cuando me preguntara por qué había pasado la primera noche de novios como una vil manceba en casa de otro que no fuese mi marido, á quien únicamente debo cuerpo y alma por las humanas y las divinas leyes.

—Que manera de disertar, cuando tus ojos me iluminan y enardecen; cuando tus gracias me provocan y enajenan; cuando tu aliento se sube á mi cabeza y la marea; cuando tu voz penetra en el corazón y lo vuelca hacia el deseo. Ríndete de grado á mí, ó te rendirás por fuerza, pues de aquí no saldrás sino después de haberte entrega-

do á mí completamente y de haber sido mía en esta noche solemne.

—Señor, ved la crueldad que cometéis, vedla con los ojos claros del alma, señor. Acordaos de que yo he pasado todos los primeros amores de juventud pensando en este momento, perturbado con vuestras invocaciones á derechos crueles, ya olvidados, si alguna vez han existido, por las costumbres en toda esta comarca. Jamás, señor, me podría rendir á vos, pero tened por cierto que, si tímida ó engañada me rindiera, os enseñorearíais de un cuerpo sin alma, mucho más frío y mucho más ajeno á vuestro amor, que las estatuas marmóreas de esa gran chimenea, ó que las figuras multicolores de esos inanimados tapices. Dejad á dos pobres labriegos el único palacio que tienen, su hogar honrado; y la única felicidad á que aspiran, su amor eterno y puro. ¡Cuán felices ahora seríamos, y cuán desgraciados nos hacéis! Cuando yo creí tenerlo junto á mí, ignoro qué ha sido de él, ignoro si lo habrá inmolado alguno de vuestros esbirros. Yo soy suya, y suya permaneceré. Devolvedme al hogar, devolvedme, pues, aunque no he perdido mi pureza inmaculada, he perdido mi honra pura, por el tiempo

que he estado en este vuestro palacio, trampa de mi virtud. Piedad, señor, piedad, por última vez os pido, y habréis de concederla, piedad para mí ante el mundo, y yo señor, os aseguro la piedad para vos ante el cielo.

—Dejémonos de fruslerías y vamos al fin, exclamó el conde con arrogancia y ya fuera de sí, cansado de tan larga lucha, y arrepentido de no haber apelado antes á la violencia, cogió por la cintura con sus dos brazos á Catalina para llevársela por fuerza á un grande lecho imperial tendido en uno de los lados del gran salón donde ocurría toda esta horrorosa escena.

—Jamás, jamás, — respondió Catalina, forcejeando con fuerzas tan hercúneas que no podía sostenerla en sus brazos el conde.

—No hay resistencia posible, Catalina. Es inútil que te resistas, —y cada vez la iba en su furor acercando más al lecho.

—Hay todavía un refugio en la muerte, — dijo Catalina resistiendo con desesperación.

—¿Con qué te procurarás aquí la muerte? No se mata todo el que quiere matarse. ¿Con qué te procurarás la muerte? —dijo el conde, al borde casi de la cama.

—Con esto, — respondió Catalina, la cual